

Lectura extraída del libro de lecturas, 2o. grado, Secretaría de Educación Pública 2012.

La fundación de México-Tenochtitlan*

Desde hacía muchos años, el gran hombre de conocimiento, Tenoch, guiaba a los aztecas, la última etnia nahuatlaca en penetrar a la cuenca de México.

Era ya un hombre maduro que en su juventud se había preparado para dirigir los destinos de su pueblo. Hoy, por la palabra de él y de los grandes sabios que formaban el consejo, sabían que un gran signo astronómico les señalaría el lugar donde debían fundar su ciudad, y por ello, siempre todos andaban a la búsqueda del mismo, sin desfallecer.

Los demás pueblos los miraban burlones por ello. Mas como el valle era gigantesco y más enorme el lago, que parecía muchos, los aztecas meshicas, ahora tenochcas, podían caminar libremente y sin ser vistos con facilidad.

Un día, los tlamacazque, los tlamatinime, los sabios llamados Axolhua y Cuaucoatl, salieron a buscar el lugar prometido. Se apercebieron de lo necesario y metiéndose entre tulares y carrizos, buscando aquí y allá, encontraron un islote y en medio de él, un precioso nopal lleno de rojas tunas, rodeado de un agua tan verde que parecía de esmeralda. Suspensos, maravillados quedaron contemplando la belleza del paraje. De pronto, Axolhua se hundió en las verdes aguas y desapareció. Cuaucoatl, sin demora, llevó la infausta noticia a los meshicas, quienes pasaron toda la noche muy afligidos, pero al amanecer, para sorpresa de los tenochcas, se presentó Axolhua sano y salvo. Ante las miradas interrogantes de su pueblo, explicó sonriente:

—Arrastrado por una fuerza oculta fui llevado hasta el fondo de las aguas, y desmayado escuché una voz que me decía: “Sea bienvenido, mi querido hijo Huitzilopochtli, el voluntarioso, con su pueblo. Diles a todos tus hermanitos que éste es el lugar prometido donde han de poblar y hacer la capital de su señorío, y aquí verán ensalzadas sus generaciones eternamente.

Soy la energía creadora, teotl, aquél por el cual todo vive, convertida en remolino de agua. Un eclipse del Sol y la Tierra les indicará la hora.” De inmediato, todos emprendieron la carrera saltando entre tulares o nadando en busca de aquel sitio. Cuando llegaron, asombrados vieron un espléndido ojo de agua que manaba con gran fuerza donde se contemplaban cosas maravillosas: sabinos blancos, sin ninguna hoja verde; cañas y tulares, blancos también; ranas blancas muy vistosas; de pronto apareció el colibrí azul que se transformó en Huitzilopochtli y les dijo:

—Vayan al lugar dónde cayó el corazón de Copili y allí encontrarán un nopal tan hermoso y lleno de tunas rojas, como corazones que una águila preciosa lo habita.

Allí extiende sus alas y recibe el calor del sol. A ese lugar donde hallarán el nopal con tunas rojas y el águila encima le pondrán por nombre Tenochtitlan.

Llenos de alborozo se dirigieron al paraje indicado y al llegar vieron lo que ya les había dicho. En ese instante comenzó un eclipse y el sol pareció devorar la tierra.

El águila se agitó mientras comía una serpiente y extendía sus alas, como satisfecha.

Los aztecas-meshicas-tenochcas cayeron de rodillas, porque había llegado el fin y el principio de su epopeya.

Allí estaba el símbolo.

***Adaptación de Antonio Domínguez Hidalgo.**